

LOS PETRALES DE XAVERIO

ANTONIO ENRIQUE

La primera vez que presencié estos, denominados por su autor, petrales me sentí invadido por una difícil sensación. Nada dije ante ellos, no pude. Tal era la potestad de silencio que desprendían. Un silencio primigenio, colindante con los sustratos más ancestrales de la memoria genética. Aquel silencio en que la contemplación de los petrales me sumía era, sin embargo, la sensación más lejana al vacío anímico, a la perplejidad sensitiva, que pueda concebirse. Vértigo, más bien, debería haberlo llamado. Silencio, no obstante, por lo incomprensible de sus formas y por lo inerte de las materias empleadas.

He buscado durante tiempo una réplica que me salvaguardara de la indefensión ante el mundo subyugante de los petrales de Xaverio. Y es, a partir de una aproximada interpretación, que me dispongo a enumerar estas suscintas, y precarias, razones.

Me hizo comprender Xaverio, a través de sus petrales, que, en definitiva, el arte de gran parte de las postrimerías del siglo XX es un arte absolutamente antiguo. El más antiguo que se recuerde. Anterior a la Cultura, para ser exacto. Es decir, un arte poseído de la mayor libertad, ajeno a toda forma heredada o establecida, y, sin embargo, con mensaje, por más que éste fuese pura sugestión, era un arte atávico, un arte, en su pristina acepción, genial. Un arte, por así decir, tribal, con espontáneas incursiones en lo onírico, en lo esotérico; un arte étnico. Esto es, un arte que no busca la belleza porque es anterior a ella. Recordé pinturas rupestres, formas de totem, pictogramas iniciáticos. Sentí que, desde Brancusi a Miró, tales signos habían irrigado buena parte de las artes plásticas. Y pensé que, más que nunca, era la hora de África.

Ved aquí los petrales. Lo primero que sorprende en ellos -lo fastuosamente distintivo- es su formato irregular. Son superficies asimétricas. Y sin embargo, aquí lo paradójico, no se presentaban en forma alguna como caprichosas. Esto es, pese a no haberlas visto con anterioridad, tales formas nos resonaban como conocidas.

Seguid observándolos. Veréis que estos contornos de superficies enmarcan por lo general un grafiti, un rasgo primigenio. Este rasgo, rápido y certero, no es una figuración concreta. Sigue evocando algo lejano, remotamente conocido. Os percataréis entonces de que, extrañamente, el contorno del petral suele ser coincidente con el poderoso trazo al cual enmarca y detalla. Y es cuando rememoro las palabras de Xaverio: "La primera pintura debió ser el trazo fugitivo que con sus dedos hiciese un hombre sobre la arena. Y así como este rasgo es irregular, no tiene por qué ser geométrica la superficie en que se encuadra". Y yo recuerdo que la simetría no es real, no se presenta en la naturaleza.

Esto, por más que la primera pintura, el primer dibujo tal vez fuese -y el de la arena sería análogo- un tatuaje, una máscara ritual. Apreciaciones coincidentes. Expone Leonardo da Vinci en su "Tratado de pintura" que el primer dibujo debió serlo el del hombre calcando los perfiles de su sombra proyectada en un muro. Pero ello, en propiedad, nunca podrá zanjarse en tanto que con certeza no se sabe nada acerca de la prioridad de lo concreto o figurativo sobre lo abstracto o simbólico, o al contrario, por más que ambas manifestaciones vengan sustenta-

das por arquetipos subliminales.

Entonces, ¿cómo que, sin embargo, producen un inequívoco efecto estético si, los petrales, fieles a su expresividad primigenia, no lo pretenden? Y vuelvo a recordar sus palabras en el sentido que, luego de plasmarlos, él rechaza todos aquellos petrales que, merced a su carencia de plasticidad de líneas y colores, no inviten a la delectación visual, al goce estético. Esto, me digo, es metapintura. Esto es, reflexionar en pintura sobre el mismo lenguaje pictórico.

Pero observad que petrales hay que no contienen graffiti alguno. ¿Cómo aquilatar los contornos del petral a una forma, en su interior, inexistente? Entonces que me propuse una difícil solución. ¿Puede el color operar de línea? La luz, ¿quién sabe algo de la luz? A tonos oscuros, contornos, que los contengan, suaves; a tonos esclarecidos, perfiles, que los enmarquen, accidentados. Así fue que esto pensé y fui sorprendiéndome que así era. Pues estos petrales ~~se~~ presentan como intrínseca unidad de elementos heterogéneos, pero coincidentes por cuanto su plasticidad y ritmo.

Los petrales, por tanto, al no aludir a lo concreto y al situarse en lo anterior al lenguaje cifrado, llevan títulos onomatopéyicos. Así el nombrado "hochini" (apenas una estilizada silueta), "apalach" (semejante a un flanco de piel de vacuno), "mandal" (donde figuran dos esferas iniciáticas en un campo de sugerentes tonos verde y cárdeno), "ucra" (una costra volcánica donde fisuras y tonos nos retrotraen a un instante cero), "Isis" (franja vertical, dorada y blanca, perfecta definición de su nombre), "taliz", "apoc", "godid". Y sucesivamente así.

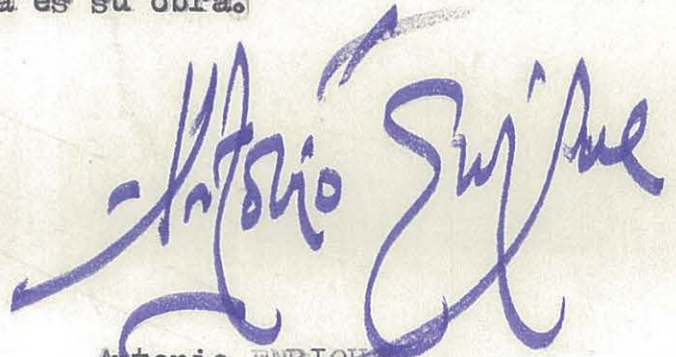
Pero es continua la experimentación que en sus procesos fija Xaverio sobre su obra. No es bastante la obra en sí misma. La luz -la luz que antes mencionábamos- debe ser elemento de la misma. Y así surgen estos otros petrales donde, mediante una solución de cuarzo sobrepuesto al molde de arenisca -con pigmentaciones cromáticas de muy distinta densidad-, superficies de dolomita o arcillas diversas, según el ángulo de refracción de la luz, cobran vida reflejos que van, en una hermosísima gama, de los mates más aterciopelados a los tonos más fulgidos, así los rasos, cercanos por su tacto al damasquin.

Tales petrales, asimismo, mediante un proceso más o menos dilatado de fijación atmosférica -según sea el grado de calor directo o humedad-, presentarán en su textura efectos de granulado distinto o bien esas fisuras que tanta plasticidad otorgan.

Y prosigue la serie de petrales en una modalidad donde predomina la severa exigencia de enmarcar, nada más que esto, lo que sorprendentemente nos ofrece la naturaleza en sus primigenios estados geológicos. Así el que pudiera llamarse "romper el negro" donde apreciamos una culebrina de luz destacando en las tenuidades terrales de una penumbra cavernaria; situados adentro de una cueva, tal vez sólo esto vislumbraríamos. O, en otro orden de cosas, ese fondo marino, tan expresivo y real que, se diría, se siente el amargor del agua. En él apreciamos elementos contaminantes que denuncian el paso depredador del hombre de nuestro tiempo: cristales, monedas, fiel trasunto de lo que en cualquier fondo de playa atisbarse puede.

Un último estadio corresponde a los denominados petrales grafológicos. El gráfico del nombre y su rúbrica sirve aquí de elemento base y dictaminador. Pero atiéndase que estos petrales son toda una introspección "arqueométrica" del nombre plasmado. Es decir, ateniéndose, en un haz de correspondencias, a la coloración cabalística, al continente astral, al metal cardinal, a la figuración simbólica, en una palabra, del nombre asignado. Por esto será que, de cuando en vez, el nombre aparece invertido. Pues cualquier nombre se completa con su contrafigura, como el hombre, que sólo aparece íntegro cuando, invertido, se contempla en el espejo.

La libertad absoluta, dijimos en el principio. El arte del siglo XX es el más antiguo conocido. La selección entre lo que se nos da al azar es, en razón de su plasticidad y armonía, lo único que, como arte, lo justifica. Xaverio piensa así y esta es su obra.



Antonio ENRIQUE,
7 de septiembre. 1985